El acusado.—Era la opinion de M. Gaudinot. Por lo demas, yo no admito la comparacion entre los síntomas observados en los animales muertos por los esperimentos y los que se observaron durante diez minutos solamente en Mme. de Pauw.

El señor doctor Tardieu da cuenta de la autopsia que se hizo en el cuerpo de Mme. Dubizy.

El féretro de plomo estaba colocado en una bóveda de familia, dentro de una caja de piedra, lo que esplica el estado de conservacion del cadáver.

El estado del cerebro no permitia ningun exámen concluyente; pero una vez terminadas mis operaciones vine en conocimiento de que no habia habido congestion cerebral.

El corazon y el estómago estaban íntegramente intactos, y en cuanto al estómago, que no presentaba ninguna lesion esterior, despues que examinamos los órganos nos convencimos de que en él no habia habido perforacion. Tambien el hígado, y el bazo estaban intactos; pero al querer sacar los órganos, la operacion se hizo muy difícil, porque estaban en estado de completa degeneracion grasosa.

Estoy persuadido de que si Mme. Dubizy hubiese muerto de veneno mineral, de arsénico por ejemplo, se hubieran podido hallar señales, así como tambien lo estoy de que si le administraron un veneno no mineral nada se hubiera podido hallar.

Segun nosotros, y previos los informes correspondientes, Mme. Dubizy, cuyo cadáver presentaba muy buen estado, debia tener muy buena salud. No murió de ninguna enfermedad reconocible, sea congestion cerebral, perforacion del estómago, hipertrofia del corazon ó cólera, sino que la sorprendió una afeccion súbita que determinó una muerte pronta sin dejar huella alguna.

La Pommerais dice que la muerte provino de las convulsiones, vómitos y abundantes esputos de sangre.

M. Tardieu.—Yo he dicho que precisamente los pulmones eran la única parte del cuerpo que no pude analizar en todos sus detalles; pero sin embargo no he hecho constar ninguna señal que pueda hacer suponer que á la muerte hayan precedido los vómitos y la hemorragia de que habla el acusado.

M. Roussin, de treinta y siete años, profesor de la escuela de Val-de-Gráce.

Da cuenta M. Roussin de las operaciones que hizo con M. Tardieu y especialmente de las pesquisas químicas y farmacéuticas que tuvo

á su cargo. Examinó novecientas sustancias que se hallaron en casa del acusado, de las que algunas son estremadamente activas, tales como polvos de belladona, de digitalina, etc., etc. De estas sustancias las habia en dósis hasta de media libra, y tambien halló un frasco de ácido prúsico, que nunca se emplea en medicina sino disuelto en un décimo, y al abrir este frasco, se sintió indispuesto M. Roussin, porque el ácido prúsico no estaba disuelto mas que en un cuarto.

Tambien halló tinturas de accion muy activa, ya de 75 gramos, ya de 50, un frasco de estricnina, veneno muy violento, é hidroclorato de morfina. En fin, halló un frasco de digitalina que segun su brevete debia contener dos gramos, y no quedaban mas que 15 centígramos.

Se rasparon los vómitos en el cuarto y se empleó para ellos el alcohol. Este estracto era sumamente amargo.

Le dijeron que habia vivido un fotógrafo en aquel cuarto, pero no encontró en el suelo ninguna señal negra, originada por el nitrato de plata que dejan caer siempre los fotógrafos.

Las conclusiones de M. Roussin se parecen en todo á las del doctor Tardieu.

Para responder el acusado á las declaraciones de M. Roussin, dice que el exámen de las sustancias halladas en su casa no constituye ninguna prueba, en atencion á que todo es veneno, segun la dósis que se administre; por ejemplo, añade, para valerme de un término de comparacion algo vulgar, una copita de agenjo, de rhum, no hace ningun daño; pero el hacer uso en gran cantidad de estos licores, puede ocasionar la muerte.

La audiencia continúa.

El perito M. Roussin completa sus observaciones hablando de las pesquisas que hicieron en casa de M. Herold, farmacéutico, cuñado del acusado, para hallar la digitalina que faltaba, no hallando mas que un paquete que aunque tenia un letrero que decia: *digitalina*, lo que contenia eran polvos de leche. El acusado, añade M. Roussin, carecia en su casa de balanzas capaces de pesar la cantidad de digitalina que se puede administrar terapéuticamente. Por lo demas, hay muy pocas balanzas bastante sensibles, y esa es la razon porque se recurre al procedimiento de los glóbulos.

El presidente á M. Tardieu.—¿Qué opina vd. de una receta que prescriba 10 centígramos de digitalina y 25 de morfina?

M. Tardieu.—Eso no puede prepararse para un enfermo, sino para muchos.

M. Lachaud.—Acaba de decirnos el testigo que la digitalina tenia un sabor muy amargo. ¿Cree que sea posible hacerla tomar pura en cierta cantidad?

El testigo.—En rigor, no es imposible, porque la digitalina es muy poco soluble en el agua y comunica así á la boca poco sabor.

M. Lachaud.—¿Luego no es muy amarga?

El testigo.—Lo es solo cuando la conservan en la boca, cuando la tocan en algun modo con la lengua.

Hébert, doctor en medicina, farmacéutico en gefe en la Clínica.—M. Lachaud me encargó que examinase el informe que presentaron á la corte MM. Tardieu y Roussin.

Dejaré á un lado los testimonios y solo me ocuparé de la cuestion bajo el punto de vista toxicológico, y tambien me abstendré de hablar de lo que se refiere á Mme. Dubizy, ya que los peritos se han declarado en la imposibilidad de sacar conclusiones afirmativas.

Salvaré desde luego una pequeña inesactitud, y lo hago así porque parece que le han dado mucha importancia. Los peritos han hablado de la perfecta conservacion de los órganos, lo que puede atribuirse, dicen, á la presencia de una materia venenosa.

Esto es cierto tratándose de las materias minerales, mas no de las vegetales y animales, y como presumen que habia allí un veneno vegetal, la observacion es de ningun valor.

Examino el estracto sacado de las concreciones raspadas en el piso, dejo á un lado los procedimientos que emplearon, y paso á los caractéres de ese estracto: es de color oscuro, de olor aceitoso y sábor amargo; vuélvese verde cuando lo tocan con ácido sulfúrico ó con ácido clorídrico, y sufre una reaccion cuando lo tocan con el tanino. Respondo á esto que muchos cuerpos sufren esa reaccion si los tocan con el tanino, lo cual es muy insignificante. En cuanto á tomar el color verde con el ácido clorídrico, tampoco es cosa de importancia, puesto que no cuidaron de eliminar el color de las hojas.

Paso á las propiedadas fisiológicas, y digo, que la contraccion de las ventrículas que observaron en un conejo y un perro no puede provenir de la digitalina, pues en los envenenamientos con esta sustancia, lo que hay es contraccion de los latidos del corazon. Todos los terapéuticos concuerdan en decir que la digitalina en pequeña dósis hace lentos los movimientos del corazon, y que en dósis toxicológica los acelera. ¿Quién dice esto? Los médicos de Alfort, los hombres mas distinguidos, como son MM. Boulay y Raynal. No, no hay contracciones, sino parálisis del corazon.

Me admiro de que los peritos hayan escogido el conejo, pues la digitalina casi no tiene accion en este animal. Segun Quiéven y Stagnus, los conejos, como los herbívoros, son refractarios á tales esperimentos, y se les han dado á pollos cantidades enormes sin poder envenenarlos.

Pasando á los productos que se obtuvieron del esperimento alcohólico en las entrañas de Mme. de Pauw, el señor doctor Hébert sostiene qué han debido entrar en esas materias moléculas en descomposicion, y que si algo admira, es que el perro á quien dieron de ellas no haya muerto. O ra cosa seria comiéndolas, porque el estómago acepta materias en descomposicion; aldeanos de las cercanías de la Escuela de Alfort han comido carne de caballos que murieron de carbunclo, sin que les resultase daño alguno, miéntras que la mas pequeña parte introducida en la piel, causa muy graves accidentes. La picadura inmediata de una mosca que se haya posado en un animal muerto de carbunclo puede causaros la muerte. Que un alumno de medicina se pique, disecando, un dedo, y morirá en pocos dias.

Llega el doctor á los esperimentos hechos en las ranas y se espresa así: Permítanme vdes. que les diga, que no creo en los esperimentos hechos en las ranas, porque éstas son muy poco sensibles á la digitalina, como lo enseñan todos los autores. Háblase de la disminucion del número de pulsaciones, porque el hecho de abrirles el abdómen es una operacion que puede ocasionar algunos trastornos en la circulacion, lo cual se comprende fácilmente. La hemorragia causada por la incision esplica por sí sola los fenómenos que han hecho constar.

Hicieron tragar al conejo, é hicieron una incision al perro, debiendo haberlo hecho á la inversa.

Deduzco, pues, que el estracto sacado de lo que rasparon en el piso no ha dado ninguna prueba, porque nada prueba el haber obtenido el color verde, toda vez que no eliminaron la materia colorante de las hojas. A mi ver, los peritos no han podido probar la existencia de la digitalina, y sus esperimentos, por lo contrario, tendian á probar que no existia la digitalina. El estracto de las entrañas no envenenó á ningun animal, y sí solo causó desórdenes que pueden esplicarse por la sola presencia de los estractos corrompidos.

Sostengo que ninguno de los hechos consignados en el informe justifica la opinion de los peritos.

Invitan al doctor Tardieu á que se esplique sobre lo que acaba de decir M. Hébert.

—He oido con la mayor atencion y el mas vivo interes las muy ingeniosas observaciones de M. Hébert; pero en nada alteran mis convicciones. M. Hébert se ha colocado en una posicion muy diferente de la nuestra, no queriendo tener en cuenta síntomas que acompañaron á la muerte, y se ha puesto voluntariamente fuera de los hechos que proyectan la mas viva luz en la cuestion.

Lo que ha dicho es en estremo interesante; es una leccion de hechos muy nutrida, pero que no toca directamente á la causa.

Ha hablado á nuestras espensas porque hemos hecho constar desde luego la perfecta conservacion del cuerpo, y nos presta con demasiada facilidad un error que no hemos cometido. Hicimos nuestra observacion al comenzar nuestras pesquisas, ántes de saber cuál seria la naturaleza del veneno que habian de hacernos encontrar nuestros análisis. No hemos hecho de esa conservacion del cuerpo un argumento á favor de la digitalina; luego en su observacion no hay nada sério.

Si en vez de ser M. Hébert un químico muy sabio y un médico que no practica, asistiese como yo á las exhumaciones que tengo la desgracia de hacer, sabria que no tiene nada de raro ese hecho de una perfecta conservacion. Cuando abrimos el cuerpo no habia una descomposicion pútrida tal que produjera esos graves accidentes con que ha asustado él á la corte. Y seame permitido, á nombre de mis cofrades de Alfort, como á nombre de la humanidad, afirmar que nunca los aldeanos vecinos de la Escuela de Alfort han comido esa carne de caballos muertos de carbunclo; esa carne se la han dado, pero á los puercos, y nunca ha servido de alimento humano.

Nosotros no hemos hecho comer á esos animales las materias de las mismas entrañas, sino el estracto de esas mismas entrañas tratadas por el alcohol. Creo que quedará bien establecido que el tratamiento por el alcohol no deja subsistir ninguna materia en descomposicion Por lo demas, M. Hébert ha buscado otro veneno que el que hemos indicado, y nosotros no hemos afirmado que ese veneno fuese la digitalina.

Es cierto que ésta ejerce su accion en pequeña dósis, pero él ha añadido en dósis tóxica, acelera los latidos, y ahí está el error. No creo que se haya escrito una línea sobre la digitalina, que no sepamos de memoria M. Hébert y yo; pero M. Hébert no tiene en cuenta los vómitos de la víctima, los cuales son la prueba misma del envenenamiento, pues ella vomitó en la noche, toda la mañana siguiente, y no hemos hallado en el cuerpo mas que lo que no habia arrojado.

Ahora, esas ranas las habia yo echado en agua ántes de esta audiencia, y sin embargo, al oir las observaciones de M. Hébert las vuelvo á sacar para responder á su objecion sobre la poca sensibilidad de las ranas á la accion de la digitalina. Se escoge precisamente el animal ménos sensible para tener tiempo de mirarlo, y yo no discutiré sobre si á M. Hébert le han tocado ranas mas ó ménos sensibles.

M. Hébert.—Sostengo que si el perro ha muerto fué muy verosímilmente de materias pútridas, las cuales las hay en todas partes, y bien pudo haberlas en las losas que han raspado.

M. Tardieu.—Entónces ese no seria un piso, sino un basurero.

El señor abogado general.—Que enseñen las losas para que se vea si es un basurero.

M. Hébert.—¡Oh! basta que existan en cantidad infinitesimal esas materias pútridas.

M. Tardieu.—Pero ese piso lo han manchado los vómitos de Mme. de Pauw.

M. Hébert.—Yo no me ocupo de Mme. de Pauw.

M. Tardieu.—Es que de ella es de quien se trata.

M. Hébert.—Yo llevaré la cuestion ante la Academia de medicina.

El presidente.—La llevará vd. donde guste, que eso no nos va ni nos viene.

M. Hébert.—En el estracto lo tiene vd. todo. En él tiene vd. el residuo en descomposicion.

El presidente.—Sí, pero vd. no ha procedido á la autopsia, y hace abstraccion de los elementos de la causa que los peritos han tenido en cuenta para sacar sus conclusiones.

M. Hébert.—Declaro que hallo las conclusiones muy ligeras segun los esperimentos. Permítame vd. Los peritos dependen de su conciencia como hombres; pero como sabios dependen de la ciencia y deben contar con ella.

M. Lachaud.—Pregunto á M. Tardieu si cuando no se sabe de qué veneno muere una persona, se puede afirmar que ha muerto envenenada.

M. Tardieu.—Sí, cuando se encuentra el doble hecho de ausencia de prueba de muerte natural y la presencia de sustancias capaces de envenenar. Preciso es reconocer que el resultado negativo de la au-

topsia tiene todavía gran valor, y luego, cuando se halla una sustancia capaz de envenenar tres animales.....

El presidente, á M. Roussin.—M. Roussin, ¿qué tiene vd. que responder acerca de esa putrefaccion del piso, pues fué vd. quien raspó las losas? ¿Lo hizo vd. con el mayor cuidado?

M. Roussin.—Bastará enseñarlas, pues hablarán mas elocuentemente que yo mismo, y responderán mejor que yo á lo que dice M. Hébert de la putrefaccion.

Enseñan las losas á los señores jurados.

M. Roussin.—Ya ven vdes. que no hay ninguna señal de putrefaccion en estas losas.

M. Hébert.—De putrefaccion no, pero hay materias descompuestas; hay materias animales en descomposicion, que no se ven; pero raspando esta losa se daria muerte á un animal.

M. Roussin.—Pero aunque fuese la carne mas pútrida, tratándola por el alcohol y haciéndola evaporar, el residuo no podria dar la muerte.

M. Hébert.—¡Eso es mucho decir! ¿y el sulfidrato de amoniaco, y el ácido sulfídrico?

M. Roussin.—Pero esos cuerpos nunca se han considerado como elementos orgánicos. Repito que refiriéndose á la carne así tratada no puede producir tales efectos.

M. Hébert.—Yo afirmo lo contrario.

M. Roussin.—M. Hébert olvida que hemos hecho evaporar, y que esos cuerpos suponiendo que hubieran existido, se habrian descompuesto en la evaporacion.

M. Hébert.—Yo digo á los peritos: han muerto los animales, es posible, pero no han hallado vdes. los caractéres del envenenamiento con la digitalina, y lo he probado, porque les digo á vdes.: vdes. han hallado una lentitud progresiva del corazon, ¡pues bien! en vez de una lentitud del corazon en dósis tóxica la digitalina produce una aceleracion, no produciendo lentitud sino en dósis médica, en corta dósis ademas no se contraen las ventrículas del corazon con la digitalina.

M. Tardieu.—Ya se ha desmentido todo eso que vd. dice. Vd. nos habla de lo que se escribia hace diez años, pero las observaciones de M. Claudio Bernard han enseñado lo contrario, y hoy se sabe que la digitalina es el único veneno del corazon. Eso dice M. Bernard en su curso.

M. Hébert.—Yo conozco todos los esperimentos nuevos como los antiguos.

El abogado jeneral de Vaillée.—Pues bien; si los conoce vd., cítenos un sabio que sea de su opinion.

M. Hébert.—Citaré á MM. Boulet, Raynal, Stanius, Lafont.

M. Tardieu.—Sí, ellos dijeron hace diez años. En cuanto á M. Lafont, como ha muerto, no lo podrá contradecir á vd.

M. Hébert.—Hé aquí una obra que dice, como yo, que el envenenamiento con digitalina no produce contraccion del corazon.

M. Tardieu.—¿Qué fecha tiene la obra?

M. Hébert.—Es de 1854, y su autor es Guévenne.—Hállase aquí cuanto se sabe acerca de la digitalina, y yo digo que no se han hecho esperimentos despues de la publicacion de esta obra.

M. Tardieu.—¡Que eso diga vd., M. Hébert!

M. Hébert.—Si los peritos la rechazan, entónces ya nada tengo que decir. Si, como dicen estos señores, hay esperimentos nuevos, suplico á MM. Tardieu y Roussin que tengan á bien dármelos á conocer.

M. Tardieu.—M. Rayer se ha ocupado de esas materias en su obra de biología, en la cual se halla todo lo mas nuevo.

El presidente.—Mañana citaremos á M. Claudio Bernard, pues los señores jurados son tan médicos como yo. Sin embargo, ellos podrán preguntarse si materias animales sometidas á un análisis químico han podido producir el envenenamiento de los animales, que en esto cada cual puede tener su opinion.

En fin, M. Hébert, ¿no sabe vd. de qué murió el perro que recibió el estracto de las materias del piso?

M. Hébert.—No, ni tampoco los señores peritos.

Estas últimas palabras provocan en el auditorio murmullos bastante pronunciados.

El presidente.—Esos murmullos son impropios: recordamos al público el sentimiento de las conveniencias, y estamos en el caso de repetir que no debe manifestar aprobacion ni desaprobacion, así por respeto á la justicia como por respeto al acusado.

M. Tardieu, ¿tiene vd. algo que añadir?

M. Tardieu. Puedo citar las palabras de M. Claudio Bernard en su obra que salió á luz en 1862. Dice, relativamente á la digitalina, que al administrarla, pone como coaguladas las fibras del corazon, que en muy corta dósis es el único veneno del corazon, pues los otros venenos no sonsino en dósis muy crecida.

M. Hébert.—Sí, el corazon se detiene contrayéndose, pero despues de la muerte no queda contraido. Esto lo han hecho constar en todos los esperimentos, y especialmente M. Stanius, que ha probado que habia habido contracciones espontáneas.

M. Tardieu.—Eso es lo contrario de lo que dijo vd. hace poco.

M. Hébert.—No, no es lo contrario, pues siempre he dicho que al cabo de dos horas hay flojedad y no contraccion del corazon, miéntras que el informe dice que á las dos horas hay contraccion del corazon. Yo repito que con la digitalina, y segun Stanius, deben aflojarse las ventrículas del corazon, aunque los señores peritos las hallan contraidas.

El presidente.—En definitiva, ¿en qué difiere vd. de los señores peritos?

M. Hébert.—Difiero de ellos: 1.° en que han indicado lentitud gradual y progresiva de los latidos del corazon, cuando todos los sabios hacen constar que la digitalina produce aceleracion; 2.°, en que los peritos han hecho constar en seguida contraccion del corazon, contrariando así la doctrina. En fin, en que es cierto que el conejo es ménos sensible que el perro á la accion de la digitalina, cuando con una cantidad ménos considerable murió el conejo tres veces ántes que el perro. ¡La muerte no fué efecto de la digitalina!

P. Pues entónces ¿de qué murieron los animales?

M. Hébert.—No lo sé.

P. Acaba vd. de sostener que el perro habia muerto porque habia materias descompuestas en el piso.

M. Hébert.—Yo abandono el piso.

P. Pues acaba vd. de sostenerlo.

M. Hébert.—Si tal dije, me equivoqué, y quise decirlo acerca de las materias de los órganos de Mme. de Pauw.

P. Lo dijo vd. acerca del piso, y sostuvo vd. que la sola descomposicion de las materias del piso habia podido matar al perro.

M. Hébert.—No dije eso, ó si lo dije, no estaba en mi pensamiento, y me hice comprender mal. He sostenido y queria sostener que las materias animales habian podido comprender materias en putrefaccion.

M. Roussin.—Pero se ha hecho un estracto alcohólico.

M. Hébert.—Justamente, y así lo habian concentrado todo.

Vuelve á comenzar la discusion sobre los diferentes resultados que cada cual atribuye al tratamiento alcohólico.

El Presidente á M. Hébert.—¿Pero vd. no asistió á los esperimentos?

M. Tardieu.—En todo esto lo que hace M. Hébert es homeopatía química.

El presidente.—En presencia de este completo desacuerdo, y en interes de la verdad haremos llamar á MM. Claudio Bernard, Vulpian y Bouley, y si los señores jurados desean que llamemos otros médicos, lo haremos.

M. Tardieu.—La contraccion del corazon se hace constar hasta veinticuatro horas despues de la muerte. Es verdad que hay un momento en que esas fibras han perdido todo su....

M. Hébert.—No ha y que confundir la contraccion con la contractibilidad; el corazon es contractible cincuenta y siete horas despues de la muerte, pero la contraccion cesa mucho ántes; pues bien, estos señores dicen que han visto el corazon contraido, lo cual quisiera poder creer, porque yo niego que la digitalina pueda contraer el corazon.

El presidente.—Mañana oiremos sobre ese particular á M. Claudio Bernard.

El presidente al acusado.—Se han hecho buscar en el ministerio del interior, las apostillas que dice vd. que hizo en apoyo de su peticion, y han respondido que le habian devuelto á vd. sus originales.

El acusado.—Suplico á vd. que las haga buscar en la oficina de M Lenormand.

El abogado general.—Las haremos buscar de nuevo, y sabremos si MM. Magnan, Andral y Tascher de la Pagerie le han dado á vd. eso s atestados.

AUDIENCIA DEL 14 DE MAYO.

La audiencia se suspende á las cinco.

Han llegado MM. Vulpian, Raynal y Claudio Bernad.

Abrese la audiencia á las diez y media.

El presidente.—Recomendamos el mas profundo silencio.

El abogado general.—Quisiéramos vaciar el debate de ayer con motivo de las apostillas. Al comenzarlos, hablamos de una súplica que dirigió vd. al Papa, y que decia vd. que contenia sentimientos que no eran los de vd. Esta súplica estaba apostillada por el señor cura de Ollivet, á quien escribimos para saber si era sincera la apostilla, y nos respondió reconociendo su esactitud, y añadiendo que la habia dado porque le pareció vd. animado de los mas religiosos sentimientos, y